

Alexandra Roma



Las  
alas que  
inventamos



Alexandra Roma

LAS ALAS QUE  
INVENTAMOS

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Alexandra Roma, 2024  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorialplaneta.es](http://www.editorialplaneta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2024  
Depósito legal: B. 6.959-2024  
ISBN: 978-84-08-27336-3  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Black Print CPI  
Printed in Spain - Impreso en España



## LOS SUEÑOS...

*Kelly*

Me miré de nuevo en el reflejo de la cristalera del escaparate antes de entrar en el edificio. Se me veía a mí con los vaqueros, las botas negras, el abrigo beis claro de capucha que escondía el jersey oscuro de cuello vuelto y la coleta en la que había recogido mi melena rubia. A mi alrededor había varios libros expuestos. Las novedades de la editorial World Dreams, en la que yo publicaba.

Era escritora.

Dicen que los sueños dan alas. Pues bien, si eso es cierto, yo había empezado a alzar el vuelo cinco años antes, a los dieciséis. Papá, mi hermana mayor Mía y yo acabábamos de trasladarnos de Boston a Salem a casa de la abuela Charlotte, tras la muerte de mi madre, cuando empecé a escribir. Supongo que cada uno de nosotros buscaba su propio refugio en el que lamerse las heridas y recomponerse hasta que fuesen cicatrices, y ese fue el mío.

Escribí mi primera novela. «Guau», fue lo que pensé al ponerle punto final sumida en una especie de catarsis que nunca había experimentado y que me palpitaba en las venas. Lo hice en mi nueva habitación cuatro meses después de llegar. Vomité el libro. Y, lejos de lo que podía parecer en aque-

lla época en la que el color me abandonó y comencé a pintarme mis cortas uñas de negro, fue el texto más *cuqui*, dulce y empalagoso del universo. Una historia bonita, sin mayores pretensiones que describir el primer amor, provocar sentimientos y reconfortar a quien la leyese, personas como yo a cuyo alrededor estuviese todo enredado y necesitasen un lugar seguro al que huir, en el que bajar las barreras, relajarse y poder fluir.

*Nuestro Big Bang*, la titulé.

Abraham, mi mejor amigo de Boston, fue el primero que la leyó, y me animó para que la enviase a las editoriales. Juntos elaboramos un listado basándonos en las novelas de temática similar que yo misma había leído y formaban parte de mi particular biblioteca, una simple balda de la estantería de mi habitación. Luego, nos metimos en internet, descartamos las editoriales que no admitían manuscritos y apuntamos lo que había que enviar a las otras. Cada una pedía unos requisitos distintos. Una auténtica locura. Juntos nos pusimos manos a la obra y lo fui mandando todo. Recuerdo que, al escribir a mano las cartas de presentación para cada editorial, sentía las punzadas de ilusión que me recorrían mientras las redactaba.

En aquel momento, la ilusión parecía inagotable.

Estaba convencida de que lo era.

Su fuerza era tal que no se desintegró cuando a las pocas semanas llegó el primer rechazo, ni se consumió con las negativas que vinieron a continuación durante los meses que le siguieron. Es más, a pesar del dolor que me producía cada «no», permaneció tan intacta que me puse con la segunda obra. Hacerlo me ayudaba. Era terapéutico. No tengo muy claro que entonces solo escribiese para mí, puesto que quería publicar, lo deseaba con toda mi alma, pero disfrutaba tanto con ello que me compensaba y no podía parar.

En resumen, escribir se convirtió en mi balón de oxígeno.

La mayoría de los días en los que te va a pasar algo bueno o malo no suelen venir acompañados de señales. Neones luminosos. Por eso, cuando World Dreams se puso en contacto conmigo a través de una carta, yo había ido a mi instituto en Salem como siempre y, después de comer en el sitio de la cafetería en el que me gustaba sentarme los días de invierno, había regresado a casa de la abuela Charlotte (nuestra casa, aunque siempre me costó llamarla así) en autobús, porque estaba diluviando y Mía, dos años mayor que yo (esto es, la que mandaba), odiaba el mal tiempo. Quién le iba a decir que terminaría viviendo en Düsseldorf, Alemania, aunque supongo que hacer prácticas en la Agencia Espacial Europea ayudaba. Ese era el sueño de mi hermana, sus raíces (porque la mantenía anclada al suelo), y, a pesar de las condiciones climáticas, lo estaba cumpliendo.

*Los sueños...*

El caso es que volvía como siempre del instituto, sin sospechar que esa tarde mi vida daría un giro de ciento ochenta grados. Al pasar por la cocina, papá me dijo que tenía una carta de una editorial imaginando que me enviaban información sobre sus novedades. Fue lo que dedujo. Él no sabía que escribía. Poca gente lo sabía: Abraham, Wendy, la abuela Charlotte y Mía. Era muy reservada con ese tema. Con esa parte de mí que, como muchas otras, fui ocultando a los demás. Mi rincón de paz, lejos de las turbulencias. Por eso firmaba con el seudónimo K. B. Stevenson, mis iniciales y el apellido de soltera de mamá.

Recuerdo que las manos me temblaban ligeramente cuando fui a cogerla, pero Mía se me adelantó y las dos subimos corriendo por las escaleras hasta mi habitación. También recuerdo que mientras mi hermana abría la carta me dejé caer con suavidad en el borde del colchón y desvié la

mirada detrás de ella hacia la pared. Cogí una bocanada de aire y me pregunté si alguien más lo haría: transcribir las citas que más le gustaban de los libros que leía y empapelar una pared, solo una, de su cuarto con ellas. Si alguien utilizaría alguna vez mis textos para decorar su habitación.

*Las ilusiones...*

—Vaya —fue lo único que pronunció tras leerla, y frunció el ceño. Mía, a diferencia de mí, que era un calco de mi padre, había heredado la genética de mamá y tenía el cabello ondulado y pelirrojo, casi anaranjado, y unos preciosos ojos azules. Envidiaba su color. Los míos eran de un marrón común que a veces jugaba a aclararse. Y envidiaba su fuerza, la forma en que era capaz de continuar hacia delante como si un camión no nos hubiese pasado por encima en forma de pérdida—. Interesante... —continuó.

Me recompuse, volví a fijar las pupilas en ella y le pregunté:

—Dicen que no, ¿verdad?

Por lo menos, habrían tenido la decencia de contestar y podría tachar esa editorial de la lista que descansaba en el cajón de mi escritorio. Muchas no lo hacían. Y el silencio prolongado, la incertidumbre, un interrogante que nunca se iba a despejar era bastante peor que una respuesta incómoda.

Las respuestas eran mi zona de confort.

Siempre quería tenerlas.

—No, eso no es lo que dicen.

—¿Entonces? —me impacienté. Lo único peor que no tener respuestas era entusiasmarte con algo y que al final no saliera bien.

—¿Has mandado las propuestas editoriales sin incluir un número de móvil, Kelly Bennet? —Dobló el folio en dos y cruzó los brazos a la altura del pecho, enarcando una de sus espesas cejas naranjas.

—Sí, porque no tengo. Ya sabes lo que opina papá —le recordé.

Desde que mi madre había muerto tras perder el control del volante del coche que conducía en una carretera helada, nuestro padre era muy precavido y todo le resultaba peligroso. Veía amenazas aquí y allá. Y un móvil con acceso ilimitado a internet era una bandera roja gigante y ondulante. Luego cambió, confió en nosotras, pero se tomó su tiempo.

Aclaré la garganta y añadí:

—¿Por qué?

Aguardó unos segundos con un gesto indescifrable.

—Porque vas a tener que usar el mío. ¡Quieren hacerte una propuesta para publicarte!

—¡No!

—Sí.

—¿Sí?

—¡¡Sí!!!

Ni siquiera lo tuvimos que hablar para subirnos a la vez a la cama y ponernos a dar saltitos de pura emoción para celebrarlo mientras el colchón se hundía y botaba amenazando con hacernos caer. Ambas sabíamos que aceptaría. Ofrecieran lo que ofreciesen, diría que sí.

De esta manera, *Nuestro Big Bang*, de K. B. Stevenson, llegó a todas las librerías del país un 8 de noviembre y más tarde lo tradujeron al castellano, francés, italiano, alemán y portugués. Tuve un éxito relativo, de notable alto. Es decir, mis cifras de ventas no eran astronómicas y para mis firmas no se necesitaba ticket, pero fueron suficientes para ganar un pellizco, de modo que la editorial volviese a apostar por mí y nunca más me encontrara sola en la feria del libro de cualquier estado.

Le siguieron *Pudimos serlo todo*, una historia de segundas oportunidades con la que empecé a formar una comunidad

lectora, y *Al final siempre estás tú*, la novela que perseguía a dos personas que, daba igual donde las lanzase la vida, siempre terminaban encontrándose. Y así me afiancé como escritora. Tampoco fui una megasuperventas o la autora revelación de la novela romántica juvenil/*new adult*. Ni me convertí en la voz de ningún género o generación. Sin embargo, ganaba lo suficiente para vivir y, cuando el resto de mis compañeros de instituto se debatían sobre qué universidad elegir, tomé una decisión. Me dedicaría profesionalmente a escribir y pertenecería a ese pequeño porcentaje de personas que puede afirmar con orgullo que ha hecho de su trabajo su sueño o de su sueño su trabajo. Daba igual. Iba a ser escritora. «Guau», resonó de nuevo en mi mente, y entonces las sentí. Alas revoloteando en mi estómago. Pequeñas mariposas. Las mismas que me sacudían en aquel momento, cinco años después, mientras dejaba de mirarme en la cristalera y, con veintiún años recién cumplidos, entraba en el edificio principal de la editorial World Dreams en Manhattan, Nueva York.

No era la primera vez que pisaba aquel lugar (llevaba viviendo dos años en un pequeño apartamento de una habitación que había alquilado en Brooklyn y había visitado la editorial en varias ocasiones), pero sí la que más nerviosa me puse mientras esperaba a que el conserje, que según la chapa se llamaba Tim, me diese la tarjeta provisional para acceder.

—Gracias —le dije al cogerla.

Crucé la barrera y esperé el ascensor acristalado para subir a la tercera planta, donde se encontraba el área de ficción, y mi editora, Betty, saldría a por mí. Había pasado un mes desde que le había enviado mi cuarta novela, *La verdad que dice mi silencio*, una reflexión sobre dos personajes que estaban muy enamorados pero que se perdían el uno al otro

por la falta de comunicación y el miedo. Todavía no me había comentado nada. Solo un «la estoy leyendo, esto empieza fuerte» y «¿qué te parecería que nos viésemos la semana que viene? Podemos desayunar».

Entré en el cubículo y la inquietud que me retorció el estómago se acentuó apoderándose de mi cuerpo cuando la puerta se cerró detrás de mí.

La gente suele pensar que el número de novelas publicadas aumenta la seguridad en ti misma, pero en mi caso el efecto era el contrario. Quizá porque al comenzar no tenía expectativas y me había dado cuenta de que estas asesinaban la creatividad. Tal vez porque sabía que el trabajo que había presentado era un «mojón». Al terminarlo, no había sentido la catarsis. La sensación de que por fin había expulsado todo lo que llevaba dentro entremezclada con la nostalgia por haberlo hecho. Aunque, claro, también podía deberse al maldito síndrome del impostor que me estrangulaba o al incómodo autosabotaje. A lo mejor había idealizado lo experimentado con mis trabajos anteriores, y además..., se podía leer, ¿no? El problema era que necesitaba que alguien me lo confirmase.

«Vamos, Kelly. Todo va a ir bien», me animé mirándome al espejo y dedicándome el primer pensamiento amable en... ¿semanas?

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo, asentí y me obligué a dibujar una sonrisa que mantuve hasta que el ascensor paró. Al otro lado, como me había ocurrido en mis visitas anteriores, aguardaba Betty, que me recibió con el abrazo habitual y su «hola, querida», que apaciguó los pinchazos que me perforaban los tímpanos.

«Si pensase que eres un fraude, lo peor que le ha ocurrido en su carrera de editora, no parecería tan tranquila», repiqueteó en mi cabeza, y, de nuevo, volví a tratarme con amabilidad. Como si en el instante en el que nos vamos a ahogar

nuestro instinto de supervivencia prevaleciera sobre los demás y dejásemos de ponernos la zancadilla y machacarnos la mente.

—¿Quieres un café, Kelly? He reservado una sala —me ofreció a la vez que entrábamos en el área de ficción y yo me quitaba el abrigo.

—Con leche, gracias. ¿Isabella y Ava no vienen?

No fue una pregunta lanzada al azar. Isabella, Bella, llevaba el marketing y la comunicación de mis lanzamientos, y Ava era la directora editorial. Siempre, desde *Nuestro Big Bang*, habían estado presentes en las reuniones.

Hasta esa mañana.

—Hoy hablaremos a solas, que hace mucho que no nos vemos —repuso Betty sin alterar su expresión amable.

Lo que decía era cierto. Ella vivía en San Francisco y normalmente trabajaba desde allí, por lo que la mayoría de nuestros encuentros eran *online*. Por Teams. Aun así, algo no me daba buena espina, pero, como en las últimas semanas, sumergida en la obsesión de terminar la novela y entregarla dentro del plazo, nada me lo daba, lo dejé pasar.

Ignoré a mi intuición.

Nunca hay que hacerlo.

—Genial. ¿Te espero aquí o dentro, Betty?

—Dentro —dijo señalando uno de los despachos acristalados—. Y, si ves algún título que te llame la atención, me lo dices y te lo llevas.

Sonreí.

Betty se comportaba como de costumbre y yo estaba actuando como una paranoica.

—¿Cuántos libros son necesarios para tirar abajo el suelo de un apartamento de Brooklyn? Es para una amiga —bromeé.

—Bah, no te preocupes. Los suelos de Brooklyn lo resisten todo. A mí me inquietarían más los libros que tienes pen-

dientes de leer. Por aquí dicen que a partir de los quince su alma cobra vida como un fantasma y van a por ti —me siguió el juego, y mientras pasaba al despacho algo más relajada y cerraba la puerta me pregunté cuándo era la última vez que me había regalado tiempo para leer una novela por placer. Pero enseguida aparté el pensamiento de «hace mucho, y tú antes los devorabas», porque en los últimos tiempos, tras el tercer o cuarto bloqueo desesperante, había sacrificado casi todo, incluidos conocidos y buena parte de mi higiene personal, para alcanzar la meta propuesta y acabar una novela más.

Colgué el abrigo en el perchero y tomé asiento de espaldas a la oficina *open space* en la que los teléfonos no cesaban de sonar, se respondían correos, se leían manuscritos y se daban indicaciones precisas para el próximo pelotazo editorial.

Betty no me hizo esperar ni para tomar el café ni para conocer su resolución.

Llegó al rato, colocó la taza humeante delante de mí, se sentó enfrente y habló.

—¿Qué te ha pasado, Kelly? *La verdad que dice mi silencio* ni siquiera parece tuyo.

No necesitó pronunciar nada más para que la falsa seguridad que me había invadido me abandonara y los nervios estallasen propagándose por mi cuerpo. Bajé las manos hasta las rodillas, donde ella no las podía ver, y comencé a retorcerlas, tratando de aparentar serenidad ante mi editora para que no me tomase, además, por la cría a punto de echarse a llorar cansada y derrotada que era. Si me hubiera visto esa mañana frente al espejo cubriéndome las ojeras con maquillaje...

En aquel momento quise decirle muchas cosas, pero todas se resumían en:

—Lo sé. Lo siento.

Podía defender el brutal esfuerzo. No el resultado.

Me examinó, comprensiva.

—La novela no puede salir en primavera, como estaba previsto. Con trabajo podríamos editarla y moverla a...

—No —la interrumpí—, no quiero publicarla.

A lo largo de los meses de ansiedad, mientras la tecleaba, había aprendido a odiarla y, con su confirmación... La novela no tenía alma. Sí que había escenas bonitas, sentidas, y diálogos con los que me había divertido. Nada es nunca cien por cien malo o bueno. Pero carecía de emoción, de latidos, de vida. Y ese no era mi mayor problema.

—¿Prefieres ponerte con otro libro para desintoxicarte, Kelly? —Tuve que contenerme, y mucho, para no echarme a llorar de agradecimiento. Después de mi monumental cagada, aún confiaban en mí.

—Sí, por favor.

Betty reflexionó unos segundos.

—OK, Kelly. Planifica una escaleta, hazme un resumen, me lo mandas y nos ponemos a ello.

—Vale. Prometo que esta vez no os fallaré.

Mentí. El mayor problema era que me había quedado vacía, seca, sin ideas, o con muchas a la vez que no dejaban de interferir entre ellas y me impedían concentrarme en escribir una línea.

¿Y si siempre había estado equivocada y los sueños tenían fecha de caducidad?

¿Qué se hacía cuando la tuya se acercaba?

¿Existía vida después de ellos o perderlos te arrasaba?